Hoy operaron a papá

Vladimiro Rivas Iturralde

Fotografía: Estudio Horácio Novais, 1955, Biblioteca de Arte Fundación Calouste Gulbenkian

A Natalia

Hoy operaron a papá.

Ingresó al quirófano a las tres de la tarde, y mi madre, mis dos tíos y yo esperamos hasta las ocho. El médico me repitió riéndose sus palabras de ingreso al quirófano: "Espero que mi cirujano no sea un sacerdote azteca que ofrende mi corazón a los dioses". Papá salió estable a cuidados intensivos y sólo a mí me permitieron verlo. Estaba semidormido, bajo los efectos de la anestesia. Su cuerpo era ya distinto, con su esternón partido en dos. Me reconoció y sonrió, tras el tubo de oxígeno. Me hizo señas de que le acercara un papel. Se lo di y escribió, con letra de niño, estas dos frases: "¿Ya me operaron?", "Me siento super". Le sonreí.

Papá quedaba en buenas manos. Como me lo pidieron, había firmado la responsiva y por el momento no le urgiría nuestra presencia. Nunca había puesto yo una firma de responsabilidad por nada, y menos por papá. Ahora tuve que hacerlo y sentí que algo empezaba a cambiar en mí. Nada podría hacerse sin mi consentimiento escrito. Mi firma tenía ahora un peso enorme, era realmente un instrumento de mi voluntad, no un mero trámite. Nos retiramos a cenar. En el restaurante hablamos de los turnos establecidos para visitarlo y de los planes de regreso de mis tíos a su país. Carla, la enfermera, se quedaría velando en el hospital.

Nos retiramos a descansar, yo con mis tíos a casa de mi padre, mi madre a mi departamento. Ella y yo lo veríamos mañana a las doce, como él lo había pedido.

Caí, exhausta, como cae un cuerpo muerto. Pero desperté sobresaltada con el teléfono a las tres de la mañana. La trabajadora social me urgía a presentarme de inmediato en el hospital. Papá estaba sangrando y yo debía firmar otra responsiva para su reingreso al quirófano. No desperté a mis tíos y pedí un Uber. En el camino llamé a mi madre y le conté todo. Ofreció acompañarme de inmediato. Nos veríamos en la sala de laboratorios, donde Carla nos esperaba entre los familiares allí reunidos. Pasé de largo frente a la puerta central del hospital, que estaba cerrada. Di la vuelta a la manzana y encontré una puerta abierta. Despaché al Uber y descubrí que, en mi aturdimiento, me había equivocado: estaba, no en el Centro Médico, sino en el vecino Hospital General. Llamé a Carla, pero caí en el buzón. Corrí de regreso al Centro Médico, pero encontré cerradas una tras otra sus puertas. Tuve tiempo de ver la luna llena en lo alto y me asaltó una premonición. "No te operes en luna llena", le había advertido una amiga a papá, "las aguas se hinchan y se derraman". La luz de los faroles resbalaba por las hojas de los árboles. Corrí, corrí junto a la barda del hospital, buscando una puerta abierta. Recorrí seis puertas numeradas, pero todas me impedían el paso. Tenía el reloj en contra y dos ideas entre ceja y ceja: llegar a tiempo para firmar y ver a papá antes de su reingreso. Los barrotes verdes parecían correr contra mí. A esa hora, muy pocos puestos de comida permanecían aún abiertos. En uno de ellos me recomendaron entrar por urgencias, la puerta siete, la última. Así lo hice. Pero llegué demasiado tarde. Ya habían reingresado a mi padre al quirófano. En medio de mi jadeo y de aquella multitud de familiares dormidos entre cobijas y cojines de viaje, Carla me dijo que se le había descargado el teléfono y que aún no había visto a mi madre. Nadie del hospital, tampoco, se había asomado a reclamar por familiares de mi padre. Muy extraño. Él no estaba solo.

La trabajadora social me informó, en el tercero, que ya habían ingresado a mi padre y luego me extendió el documento donde tardíamente firmé el consentimiento para esa segunda intervención, que mi padre,

como paciente, había firmado ya. Subí al cuarto piso, atravesé los pasillos de paredes desconchadas y en restauración, me deslicé por la rampa de las camillas y ocupé el incómodo escritorio vacío del guardia, junto al quirófano. Respirar profundamente era una manera de llegar. Casi podía escuchar mi corazón corriendo todavía como loco en ese silencio encajonado del pasillo. Pegué mi oído a la puerta del quirófano. Sólo escuché mi corazón dando tumbos en el silencio, denso como una helada capa de aire, casi palpable. La luz del pasillo era inmóvil y blanca, como de morgue. Estaba sola, profundamente sola, junto a papá. Y eso es lo que yo realmente quería en ese momento: estar sola junto a papá. Me poseía una extraña seguridad, un inexplicable optimismo. Quería estar lo más cerca de él y me puse a cantarle silenciosas canciones a su oído, del otro lado de la puerta. El tiempo se deslizaba, impalpable, en ese espacio donde yo había escogido encerrarme. Daba vueltas en torno de mí misma y de papá, trazando un círculo mágico con esas silenciosas canciones que sólo él y yo escuchábamos.

Cómo odié que me interrumpieran. De alguna parte salió la uniformada de azul que seguramente se había ausentado para ir al baño. Me pidió retirarme de allí, que no podía permanecer en este lugar, que me fuera a esperar con los demás, en el área de laboratorios de la planta baja. Yo habría insistido en mi deseo de quedarme, pero apareció mi madre, que me había estado buscando. Entonces bajé con ella. Carla nos había apartado dos asientos en medio de ese gentío que más bien parecían migrantes detenidos que familiares de los pacientes. Me recliné en el hombro de mi madre y no supe más de mí.

Nos despertaron a las ocho de la mañana. Me dijeron que pasara a ver a papá. Mi madre me dio un beso y subí al cuarto piso. Me peiné como pude. Me hicieron pasar a terapia intensiva y vi a papá tan mal, tan pálido, tan flaco, que me quebré. Le habían reabierto el pecho para suturar correctamente y había perdido —me dijo uno de los cirujanos— un litro y medio de sangre. Recordé la advertencia de la luna llena. Estuve a punto de creerla. Papá tenía los ojos entreabiertos tras la mascarilla y, con mi nudo en la garganta, no se me ocurrió otra cosa que enseñarle el papel que él mismo había escrito: "Me siento super". Pareció reconocerlo y esbozó una animada sonrisa cómplice. Hizo con sus ojos y su boca un gesto de entendimiento. Me abracé a mi madre al salir y ella me consoló. Entró luego y me contó que recibió de él una sonrisa. "En ella leí la gratitud", me dijo. Comenté la gran ayuda que nos habían prestado nuestros donadores de sangre. Habíamos cumplido con el límite superior y eso le permitió a papá recibir holgadamente, sin restricción ni discusión alguna, la sangre que necesitaba, que era mucha.

No sé con exactitud cuándo es mejorar o estar bien después de una cirugía tan difícil. El caso es que, durante mucho tiempo, ver el estado de papá estuvo a punto de derribar las esperanzas que yo me había forjado a las puertas del quirófano. Lo vi varios días seguidos, a las doce del mediodía y a las seis, y en algún momento empezó a hacerse visible la mejoría. Su cara estaba recuperando los colores y lo veía más animado. Papá es un guerrero. Ha pasado por múltiples operaciones y de todas ha salido victorioso. Más de una vez volví a mostrarle la hoja con su frase: "Me siento super".

Con las firmas que yo había puesto, me llegaron varias tareas, totalmente nuevas para mí: la de atender las informaciones y recomendaciones de los médicos y las enfermeras, las responsabilidades que traía consigo la vigilancia del convaleciente. Papá estaba en mis manos y creo que lo sostuve como se esperaba de mí. Mi celular, antes lleno de fechas de citas de diversa índole y de compromisos sociales, se fue llenando de nombres de medicamentos con las horas a que debían administrarse, de fechas y horas de citas médicas, de ejercicios que él debía hacer en casa una vez dado de alta.

Me atreví por fin a mirar de frente la herida de papá. Su cuerpo ya no sería el mismo. Pero también comprendí que luego de esa noche yo tampoco sería la misma.